

BALDOMERO GALOFRE



ALREDEDORES DE POMPEYA

Salón Parés.

## LAS INMORTALES AMERICANAS

ENTRE las universales armonías que resultan en la obra incomparable de la creación, descuella una nota gráfica, sublime, que centuria tras centuria ha sido en gran espacio eje poderoso, móvil en las diferentes evoluciones sociales; ambiente regenerador; polen fecundo que, sin límite ni frontera, ha hecho brotar un mundo de ideas en lo incommensurable, en lo material, en lo perfecto y en lo espiritual, encarnando su influencia en todas las esferas, en todas las ambiciones vitales, en los pensamientos más recónditos del hombre.

Las leyendas y tradiciones transmiten, las historias viejas relatan cuantos méritos acumula ese auxiliar, mitad celeste y mitad humano, que al andar de los tiempos, ha logrado derecho propio al amor, al respeto y a la consideración general.

Con creces, ha tomado en sentido progresivo extenso lugar en la cultura de los pueblos, desenvolviendo sus singulísimas aptitudes y sus condiciones fundamentales en tantos y tan múltiples adelantos.

Paso a paso, la civilización ha ensanchado el camino antes áspero y estrecho, rechazando aquellas rancias preocupaciones que sostenían en lugar subalterno a la sacerdotisa del hogar, a la inspiradora del artista y del poeta, a la diosa, que compartía la divinidad en los cultos paganos y que, con el doble y sagrado título de esposa y de madre, fué también, como lo es hoy, el sólido y perdurable eslabón en la familia, en la sociedad, en la religión.

En el santuario de los afectos puros é indelebles, guarda siempre el hombre la imagen, el recuerdo, el nombre de una mujer amada, de una mujer bendita, de un sér misterioso, á veces completamente ideal y que, sin embargo, habrá ejercido singular influjo en su existencia, hasta en la marcha política, hasta en los destinos de una nación.

En las épocas más remotas, en las tribus más ó menos civilizadas, entre los idolátras, en la Era del Cristianismo, en las regiones del Africa, del Asia, de Europa ó de América, vemos descollar mujeres de singulares abnegaciones, de resplandecientes heroísmos, de purísimas, inmaculadas virtudes.

En la teogonía universal, ella es poema de poesía inefable, desde los comienzos que señalan los primeros pasos del hombre recién creado y rindiendo ya culto á la primera hermosísima mujer, en aquellos paradisiacos vergeles donde ella sobresalía ya como la más primorosa de sus galas; siendo más tarde purificada por el cristianismo, redimida de su primer pecado por la más bella de sus concepciones: María, la mujer sin mancha, redentora de su sexo.

Símbolo de creencias sagradas; personificación admirable de todas las abnegaciones, de cruentos dolores, de angustias indecibles, de generosa mansedumbre, de piedad infinita, que superlativas descuellan en María todas las altas condiciones de la mujer, no ya como esclava, no tiranizada por bárbaras costumbres, no doblegada bajo el peso de tiránicos y crueles sacrificios; no en altares paganos, reverenciada como diosa, después de haberse consumido en las llamas su cuerpo terrenal, que á tal extremo llegaba el fanatismo: no; la mujer á quien María redimió, fué adquiriendo desde entonces todo el valimiento que merecían y merecen la alteza de condiciones y la nobleza de sentimientos. La mujer fuerte en el infortunio, la de alma grande y espíritu sereno, la consoladora de la humanidad, el puerto de refugio para el hombre en las magnas tristezas, en las luchas incesantes de la vida, ha limado día por día las rudezas de los tiempos primitivos; ha desechado la humilde condición de sierva; ha tenido celestiales inspiraciones y, conservando algo de aquella raza de heroínas de la antigüedad, modelo de ternezas incommensurables y objeto de homenajes grandiosos y populares, se ha creado un pedestal, y sobre éste ha levantado su trono, para reinar sin rival. No sería del caso, ni cumple á nuestros propósitos, hacer un estudio, formar una galería de tantas y tan notables mujeres, que son gloria en la historia política, en anales artísticos, en las lides literarias.

No dibujaremos siquiera fuese á grandes rasgos esas figuras que en los pasados siglos son gráficos relieves de la mujer piadosa, de la filántropa, de las que fueron sublime representación de caridades inmensas, de las que compartieron los más acerbos dolores, las penas, ó los heroísmos y el martirio por amor á una idea grande, por cariño hacia seres amados, por abnegación en el cumplimiento de sus deberes conyugales, maternales ó filiales.

El ALBUM SALÓN se propone rendir homenaje á la mujer contemporánea, á la mujer que desde el siglo XIX hasta hoy ha conquistado, en diferentes esferas y con aptitudes diversas, nombre, prestigio, amor, y la inmortalidad que corresponde en justicia á los seres privilegiados.

Complácese el ALBUM SALÓN en consagrar una serie de cuadros ó semblanzas á la mujer americana que, nacida en

aquel paraíso, donde, á favor de la naturaleza singular de la tierra por excelencia rica y del sol siempre ardiente, brotan flores, se sazonan frutos y maduran rápidas las inteligencias, tiene los esplendores que incrustan en su mente aquellos climas y aquella intensa luz; las dulzuras de las brisas suaves: las melancólicas notas que le inspiran los recuerdos ya heroicos, ya cuajados de anécdotas pasionales á la mujer americana que alberga en su ánimo las grandezas de quien, al abrir los ojos á la primera luz, mira las altas cordilleras; las nieves perpétuas; los colosales inamovibles, eternos; contempla valles y praderas de frescor perdurable; las selvas espesísimas: los ríos cual el Amazonas, el Orinoco, el Plata, el caudaloso Napo y otros, manantial perenne de pensamientos nuevos y lozanos.

Aquella savia, engendra en la mujer la majestad en la idea, y hace circular por sus venas la sangre activa, generosa y dispuesta para todas las sublimidades.

Como mujer social, como influencia política, como tipo humanitario y caritativo, como potente móvil en la literatura, en la instrucción pública, en las artes y en las benéficas instituciones, escogeremos, en todo aquel extensísimo escenario, la personificación palmaria de lo que vale hoy la mujer y el brillante papel que desempeña y ha desempeñado en la civilización del Mundo Colombino.

Por demás, grata es para nosotros, tarea tan vasta y hermosa, pues conocidas son nuestras aficiones americanistas; con numerosos datos de la vida pública y conocimiento exacto de rasgos bellísimos en la privada, creemos poder llenar ampliamente el pensamiento de los editores de el ALBUM SALÓN, siempre solícitos para amenizar la factura de su periódico y enriquecerla con las más insignes figuras femeninas americanas.

Hemos bosquejado el plan de esta sección.

LA BARONESA DE WILSON



## TODO CORAZÓN

CRÉELO Luis, — me decía mi pobre amigo en más de una ocasión; — yo me creo capaz de sentir amor, idolatría, delirio, por cien mujeres, y amarlas, idolatrarlas, delirar por ellas, con igual intensidad, sin fingimiento, con toda el alma, como queréis vosotros á una sola. Yo siento aquí, en este corazón que late en mi sér, dentro de la mísera cárcel que le forma la materia, aspiraciones infinitas, un algo que me sofoca, tan inmenso como la inmensidad misma, y tan embriagador y dulce, como esas nostalgias que invaden el alma, cuando en silenciosa noche, admiramos con deleite esas vagas sombras en las que se destaca el rutilante brillo de las estrellas y cuando llega hasta nosotros, vago y confuso, el rumor de una música sentimental, cuyas notas parecen ser algo así como un conjunto de suspiros de ángeles y besos de amor. Yo siento á veces un sopor, una somnolencia tan grande, que me domina y sólo me deja libre el pensamiento, que se recrea en fingirme cuanto siente mi alma y en hacérmelo ver todo como si realmente fuese pura realidad. Voy á contarte uno de mis delirios... ¡sin duda porque los seres que me rodean, me agobian y que me dejan desaliento en el ánimo, fatiga en el pecho y ¡créelo! secos los labios y húmedos los ojos... No te rías; seré un loco si te place; yo mismo comiéndome el materialismo inculcado en sí, el alma más mezquina que la mía... ó son más cuerdos que yo!

Y mi desdichado compañero de la juventud, me dijo lo que sigue, tras suspirar con fuerza, como si le enfocase efectivamente, aquel algo tan inmenso como la inmensidad misma, que sentía en el fondo del pecho. — No estaba dormido, sino en uno de esos instantes á que aludí anteriormente... La tarde era triste ¡muy triste! Desde el amanecer, el cielo amenazaba lluvia; en los instantes á que me refiero, comenzaba á llover. La melancolía, me abrumaba... Incliné la cabeza sobre el respaldo de ese asiento, fijé la mirada en las plomizas nubes, y con los ojos entornados, despierto, soñé... Una joven, casi una niña, estaba junto á mí; su tristeza era mucha y se quejaba de mis veleidades; yo le había jurado amarla y, sin embargo, otra mujer era dueña de juramentos iguales, que en instantes de delirio, le había hecho con la sinceridad y vehemencia de mi corazón enamorado. Mi joven amada, vertía triste llanto, diciendo: — «¡Amas á otra!» — Contesté que sí. Yo amaba á otra mujer, ¡pero sin dejar de amarla á ella!... Creyó que mis frases eran un sarcasmo; se irguió con orgullo, sacudió la hermosa cabellera que en tirabuzones rubios caía sobre su espalda y, con los ojos brillantes de indignación, con la altivez de una reina ofendida, fué á salir... Allí, junto al pesado cortinón de damasco, se detuvo; volvió la cabeza, miróme... ¡La ira que le produjeron mis palabras se había deshecho en llanto!... ¡Pobre ángel!... Cayó á mis pies suplicando amor, balbuciendo mis palabras se había deshecho de sus ojos; sin mí la muerte... sin mí... ¡padal...! El amor la vencía... Repetí que la amaba, y lo repetí llorando de dolor, pues su pena era como la punta de un puñal que hiriese las más sensibles fibras de mi corazón... — «¿Y... aquélla?» — barbotó con el hipo del pesar que cortaba sus palabras. — «¡También la amo!» — contesté, no pudiendo conseguir que mis labios cediesen á impulsos de piadosa mentira. — «Entonces mientes... ¡no puedes amarme!» — añadió... Traté de expresar mi modo de ser, mi modo de sentir ¡pero inútil! No, no eran palabras lo que podían vencer á la infortunada mártir de mis delirios... Y hablé, hablé mucho, con gran calor, con apasionamiento, estrechando sus manos, besándoselas entre súplicas, lloros, protestas, juramentos... ¡Delirio! ¡delirio! ¡Todo inútil! ¡todo inútil! Aquello era luchar con un imposible... Me desgarré furioso con las uñas el pecho, ya golpeado febrilmente al jurar y perjurar que aquí dentro, existía amor para ella, amor vehemente, lleno de dulzuras y misteriosos encantos; amor inextinguible, amor... ¡no sé lo que dije, pero recuerdo que hasta traté de matarme para ver si de tal suerte lograba convencerla de mi amor! ¡Ah! ¡Cuánto sufrí, Luis querido! ¡cuánto sufrí, al ver que no era posible injertar en su alma los sentimientos de la mía! Yo le hubiese jurado abandonar á la otra; pero al nombrar la otra, recordaba su amor y mis labios se negaban á hacer traición á mis sentimientos. En tal lucha, amando á las dos á la vez, queriendo á las dos por igual, idolatrando en ambas al amor de mis amores, llegué á confundirme, á anonadarme y hasta á maldecir este algo más inmenso que la inmensidad misma, que me hace sentir tanto, que no hay corazón que pueda llenar las aspiraciones del mío... El rumor de un trueno y el teclear de la lluvia en los cristales de este balcón, me volvieron á la realidad... Suspiré... ó gemí; poco á poco se calmó la penosa opresión que la pesadilla causara en mi pecho... Sintiendo frío, me acerqué á la chimenea; aticé los leños y se elevó una llama roja en la que me pareció ver vagamente, una cabecita muy mona coronada de cabellitos rubios, y unos ojos azules, tristes y llorosos como aquel cielo que columbraba á través de los vidrios del balcón; ojos que me miraban suplicantes, con dulzura, con resignación... ¡con sentimiento! ¡Pobre amigo mío! Su muerte dejó en mi alma un vacío imposible de llenar. No diré que en su modo de sentir no hubiese algo de exuberancia de imaginación, algo de delirio; tal vez fuese la base de todo la neurastenia ó el histerismo, esas nuevas generatrices del sentimiento que, por lo visto, no tienen otra misión que destruir el encanto de sus grandes manifestaciones, declarándolas inconscientes, hijas del desequilibrio; pero, ¡ah! no puede negarse que aquel algo tan inmenso como la inmensidad misma, que agobiaba el pecho de mi pobre amigo, era un corazón núcleo de ilusiones y de grandes sentimientos que no puede creer y menos sentir, esa inmensa mayoría de corazones mezquinos, en los que la incredulidad ó la ciencia, matan lo más grande, lo más sublime, lo más bello que atesoran.

LUIS DE VAL

